

Zurbarán en el Nuevo Mundo



Hace 22 años, en 1995, Jacob y sus hijos visitaron el Museo del Prado de la mano de Gabriele Finaldi, quien, un año antes, les había invitado a la National Gallery de Londres rompiendo su encastillamiento de más de dos siglos en Auckland Castle, el palacio del obispo de Durham. Y no han vuelto a salir hasta que han cruzado el Atlántico para ser expuestos en el Meadows Museum de Dallas.



DE IZQUIERDA A DERECHA, JACOB; SIMEÓN; JUDÁ; ZABULÓN Y ASER, H.1640-1645 © AUCKLAND CASTLE



tores enfundados en lo que Zurbarán, que sabía mucho de ricas telas, imaginó serían las vestimentas exóticas de los hijos de Israel, los monumentaliza — apenas caben en sus marcos— y los pone en marcha. Los patriarcas tenían papel en procesiones, autos sacramentales, celebraciones del Corpus Christi... En carne, hueso y disfraz, desfilaban por Sevilla, y Zurbarán recoge esa presencia real en una tipología muy suya que Julián Gállego denominó “santo-andarín”.

Solo hay otras tres series pictóricas similares, en Perú y México, y todas derivan de ésta, la mejor con diferencia, aunque solo la del Museo Universitario de Puebla se considera salida del taller de Zurbarán. Se han documentado desde allí siete viajes de obras a América —habría más— y en ellos se embarcaron, en compañía de arcángeles, vírgenes, santas y hasta los doce césares a caballo, los patriarcas judíos.

Los que llegaron a Inglaterra pudieron haber pasado unos años en las Américas pero es también posible que los comprara aquí Sir William Chapman, director de la South Sea Company, que en 1722 los vendió en subasta a James Méndez, comerciante judío que años después, en 1756, los volvió a subastar, adjudicándose todos menos uno, Benjamín, al obispo de Durham, Richard Tre-

Solo existen otras tres series pictóricas similares, en Perú y México, y todas derivan de ésta, la mejor con diferencia

vor. Lo curioso es que en Inglaterra casi nadie sabía quién era Zurbarán, y el interés en esta serie era ante todo ideológico. El obispo había alentado en el Parlamento una ley para otorgar plenos derechos ciudadanos a los judíos —derogada al poco— y quiso decorar su comedor con estos colosos israelitas para hacer bien patente su postura.

Hace unos años, la Iglesia Anglicana intentó venderlos para tapar agujeros. Un millonario oriundo de esa zona, Jonathan Ruffer decidió no solo comprar los cuadros sino también el castillo del obispo para preservar el patrimonio y promover el desarrollo económico de la región. Ha creado un

centro para el estudio de la pintura española y está formando con cierto secreto una colección de arte de nuestro país que inaugurará pronto en Durham. El proyecto global es multiforme y un poco chocante. Ferviente evangélico, creará un museo de la fe y desde hace dos veranos, monta en los jardines un show histórico al estilo de la inauguración de las Olimpiadas de Londres.

Mientras hace obras, ha llevado los zurbaranes a Dallas, donde el equipo del vecino Kimbell Art Museum en Fort Worth los ha analizado, constataando que hay mucha mano del maestro en ellos, y donde el Meadows, una institución de referencia mundial en arte español, los presenta al público y —muy estratégico— a los mecenas estadounidenses. Para que no extrañen su casa, se ha evocado en el museo el comedor de Auckland Castle, con un papel pintado de Zoffany, y se han reencontrado con el Benjamín, que vive en Bourne. En las salas vecinas se muestran algunos de los grabados que sirvieron de fuente a Zurbarán, documentos que crean un somero contexto histórico y los resultados de los estudios técnicos realizados. Hay además un completo catálogo editado por el Centro de Estudios Europa Hispánica.

Han pasado treinta años desde que el Metropolitan Museum organizó una retrospectiva de Zurbarán y es la primera vez que se muestra en Estados Unidos una serie completa del pintor. Este es, por tanto, un gran acontecimiento que, seguramente, tendrá mayor repercusión cuando se desplace a la Frick Collection de Nueva York, coorganizadora de la muestra. ELENA VOZMEDIANO

Los historiadores que han investigado la génesis y la fortuna de estas peculiares figuras de Zurbarán no han podido despejar del todo las incógnitas que la rodean pero han concitado multitud de cuestiones interesantes relacionadas con el sistema de producción de los talleres sevillanos, con la exportación pictórica a América y con

el fondo teológico e ideológico que determinó su rara iconografía y su sino viajero.

Zurbarán las pintó en Sevilla, en los años cuarenta del siglo XVII, cuando dirigía aún un taller muy activo que producía cada vez más para la exportación al Nuevo Mundo. Ese mercado americano tenía sus particularidades, también temáticas.

En España, los pintores de la época ilustraron con cierta frecuencia pasajes bíblicos protagonizados por Jacob, pero la presentación de su prole era un tema inédito que cobró significados más políticos que espirituales en los virreinos. Estas efigies recuerdan las “bendiciones” de Jacob a sus hijos, que preludeaban la fundación de las

doce tribus de Israel; a los comerciantes judíos europeos que negociaban en América les reforzaban en privado la identidad disimulada en público, y a la administración y el clero cristianos les recordaban la peregrina teoría de que los indios eran descendientes de esas tribus y que por ello, aún con más motivo, debían ser evangelizados.

Al no tener referencias pictóricas, la invención de Zurbarán se basa en grabados flamencos y alemanes de Jacques de Gheyn II, Durero, Martin Schongauer, Gerard de Jode y Philippe Galle que representaban a los doce patriarcas o a los doce apóstoles, tomando de ellos poses y vestimentas. Pero los hace del todo suyos: transforma a los tipos en individuos o, mejor dicho, en ac-